

# LA MONEDA VIVA

Pierre Klossowski

*Traducción de*  
MANUEL ARRANZ

PRE-TEXTOS



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados  
y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autoriza-  
ción de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase  
a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,  
[www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias  
digitales de algún fragmento de esta obra.

*Primera edición: marzo, 2012*

Diseño cubierta: Pre-Textos (S. G. E.)

Título de la edición original en lengua francesa:

*La monnaie vivante*

De la traducción : © Manuel Arranz

© Editions Gallimard 2003

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2012

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

[www.pre-textos.com](http://www.pre-textos.com)

Prohibida la venta en los países de América Latina

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15297-65-9

DEPÓSITO LEGAL: V-659-2012

ARTEGRAF, S.A. TEL. 91 471 71 00

DESDE mediados del último siglo, se han venido lanzando anatemas en nombre de la vida afectiva contra los estragos de la civilización industrial.

Imputar a los medios de producción de la industria una acción perniciosa sobre los afectos significa, con el pretexto de denunciar su influencia desmoralizadora, reconocerle una fuerza moral considerable. ¿De dónde le viene esa fuerza?

Del mero hecho de que el acto mismo de fabricar objetos cuestiona su finalidad propia: ¿en qué difiere por tanto el uso de los objetos utensiliarios del de aquellos que produce el arte, “inútiles” para la subsistencia?

A nadie se le ocurriría confundir un utensilio con un simulacro. A menos que sólo sea en cuanto simulacro como un objeto de uso es necesario.

*EL bien de uso* originariamente es inseparable del *uso en el sentido habitual*: una costumbre se perpetúa en una serie de bienes (naturales o artificiales) que tienen, por el uso que se hace de ellos, un sentido inmutable. Así, el propio cuerpo, por la manera de disponer de él con respecto al cuerpo de otro, es un bien de uso cuyo carácter inalienable o alienable varía según el significado que le dé la costumbre. (Por eso tiene un carácter de prenda, cuyo *valor* no es intercambiable.)

El objeto fabricado, al contrario que el bien de uso (natural), aunque se identifique todavía con algún significado habitual (por ejemplo de acuerdo con el empleo de metales que tienen un sentido emblemático), pierde ese carácter a medida que el acto de fabricar se complica y diversifica. Diversificado según su complejidad creciente, el acto de fabricar substituye el uso de los bienes (naturales o artificiales) por la utilización eficaz de los objetos. Desde que la eficacia fabricable predomina por lo que respecta al beneficio, el uso de los bienes naturales o

artificiales, que define esos bienes mediante una interpretación habitual, se descubre *estéril*; el uso, es decir, el goce, es estéril en tanto que sus bienes son considerados improductivos en el circuito de la eficacia fabricable. *Por eso el uso del cuerpo propio del otro en el tráfico de esclavos se reveló improductivo.* En la época industrial, la fabricación de utensilios rompe definitivamente con el mundo de los usos estériles e instauro el mundo de la eficacia fabricable en función de la cual todo bien natural o artificial –tanto el cuerpo humano como la tierra– es a su vez evaluable.

Sin embargo, la fabricación utensiliaria experimenta ella misma una esterilidad intermitente; tanto más cuanto que el ritmo acelerado de la fabricación debe prevenir continuamente, en sus productos, la ineficacia; contra la que no tiene más recurso que el despilfarro. Condición previa a la eficacia, la experimentación implica el error despilfarrador. Experimentar aquello que es fabricable con miras a una operación rentable equivale a eliminar el riesgo de esterilidad del producto a costa del despilfarro en materiales y en recursos humanos (el precio de coste).

Si la experimentación despilfarradora es previa a la eficacia y lo experimental expresa un compor-

tamiento universalmente adoptado respecto a todo bien y a todo objeto, que apunta al beneficio, ¿qué sucederá entonces respecto al bien, que supone siempre la *inmutabilidad* de su uso; o sea, del fantasma que procura la sensación voluptuosa, dominio por antonomasia de la experimentación despilfarradora, la cual se expresa mediante la fabricación eficaz del simulacro?

El acto inteligible de fabricar implica en sí mismo una aptitud diferencial de representación, que provoca su propio dilema: o bien no despilfarra más que para expresarse mediante el hecho de construir, destruir, reconstruir indefinidamente; o bien *no* construye más *que* para *expresarse por el despilfarro*. ¿Cómo podría el mundo utensiliario evitar caer en la simulación de un fantasma? Fabricar un objeto utensiliario (por ejemplo la *bomba orbital*) no difiere del hecho de fabricar un simulacro (por ejemplo la *Venus Calipigia*) más que por el pretexto contrario de la experimentación despilfarradora: a saber, que la bomba orbital no tiene más *utilidad* que la de *angustiar* al mundo de los usos estériles. Sin embargo, la Venus Calipigia no es más que la cara amable de la bomba, que convierte la utilidad en una burla.

La superstición utensiliaria gravita en torno a este absurdo: a saber, que un utensilio no sería un

utensilio a no ser que sea un simulacro. Está obligado a demostrar lo contrario, si no quiere mantenerse por encima del mundo de los usos estériles mediante el reconocimiento eficaz de su propia destrucción.

Si los dioses fueron los primeros promotores de la fabricación de objetos para que el fabricante justificara ante ellos su propia subsistencia, desde el momento en que la fabricación de los ídolos se consideró inútil comenzó la larga ignorancia de carácter propiamente mercantil de la vida pulsional entre los individuos, es decir, la ignorancia de los disfraces de la utilidad patológica. De ahí la noción absolutamente moderna de la “gratuidad” del arte —del “arte puro” concretamente—, la cual viene a negar toda capacidad responsable al pathos, dado que el pathos pulsional sería una fuente “gratuita” de creación. Ahora bien, es en los ámbitos considerados más libres respecto a ella, tales como las aplicaciones económicas de la ciencia, donde esta fuerza ha desarrollado su invento más astuto, que es a la vez el último que pensaríamos imputarle: el régimen industrial.

¿No forman las normas económicas a su vez una subestructura de los afectos y no la infraestructura última?, y si hay una infraestructura última, ¿está

constituida por *el comportamiento de los afectos y de las pulsiones*? Responder afirmativamente equivale a decir que las normas económicas tienen el mismo estatuto que las artes y las instituciones morales o religiosas, el mismo estatuto que las formas del conocimiento, *un modo de expresión y de representación de las fuerzas pulsionales*. La manera en que se expresan en la economía y finalmente en nuestro mundo industrial responde a la manera en que han sido tratadas por la economía de las instituciones dominantes. *Que esta infraestructura primera y última se encuentre en cada momento determinada, por sus propias reacciones, a las subestructuras anteriormente existentes es innegable; pero las fuerzas confrontadas son aquellas que continúan el mismo combate de infraestructuras en subestructuras. Entonces, si estas fuerzas se expresan específicamente, en principio, según las normas económicas, se provocan a sí mismas su propia represión; y también los medios de superar la represión que soportan de diferentes grados: y eso mientras dure el combate de las pulsiones que, en un organismo determinado, se libra a favor y en contra de la formación de la sustancia, a favor y en contra de su unidad física y corporal. Allí, en efecto, van a elaborarse los primeros esquemas de una “producción” y un “con-*



sumo”, las primeras manifestaciones de una compensación y un comercio.

La primera represión pulsional forma *la unidad orgánica y psíquica de la sustancia*; represión que, a partir de la sustancia, responde *a una coacción que la sustancia continúa sufriendo en el transcurso del combate que las pulsiones libran contra aquellas que la han provocado*. Ahora bien, en el exterior, esta represión, y por tanto también este combate, continúan desde el momento en que la unidad individual de la sustancia se encuentra integrada y de ese modo definida por una jerarquía de valores traducida en una jerarquía de necesidades: *la jerarquía de las necesidades es la forma económica de represión que las instituciones existentes ejercerán mediante y a través de la conciencia de la sustancia sobre las fuerzas imponderables de su vida psíquica*. Gracias a su unidad orgánica y moral adquirida, el individuo en su propio medio no se formula a sí mismo su vida pulsional más que por un conjunto de necesidades materiales y morales; no le corresponde afirmarse mediante los impulsos de su vida afectiva sino, en tanto que está en posesión de su unidad, por su aptitud para poseer bienes ajenos a sí mismo, a conservarlos, a producirlos, a regalarlos para consumir otros, a recibirlos siempre y cuando se trate de ob-

jetos y no de otras unidades vivas, a menos que no sea en unas condiciones en que sería “legítimo” poseer seres vivos como si fuesen simples objetos.

“... Hay necesidades, como la necesidad sexual, de las que no puede decirse que su satisfacción implique una actividad económica en cuanto tal: ... nunca podemos enumerar de una manera exhaustiva las necesidades de los hombres.” (Raymond Aron, *Dixhuit leçons sur la société industrielle*, p. 101, Gallimard.)

¿Cómo puede la sensación voluptuosa ser objeto de una mercantilización y convertirse en nuestra época de industrialización a ultranza en un factor económico? Para comprenderlo hay que pensar por un momento en lo que entendemos con los términos de sexualidad y erotismo. Podría suceder que las formas de la sensación voluptuosa revelasen una conexión a la vez secreta y trágica con el fenómeno antropomorfo de la economía y los intercambios.

A partir de Sade particularmente (y por tanto mucho antes de Freud), ¿qué es lo que podemos reconocer en la descripción de la perversión, a saber: la sensación voluptuosa referida a un objeto aparentemente incongruente? El comportamiento que Sade analiza a partir de eso que él llama las pasiones simples hasta las pasiones complejas, eso que

nosotros llamamos la perversión, no es más que *la primera reacción contra la animalidad pura y por tanto una primera manifestación interpretativa de las pulsiones mismas, apta para descomponer aquello que el término de sexualidad abarca de una manera genérica, ya sea por una parte en la sensación voluptuosa previa al acto de procreación, ya sea por otra en el instinto de procreación específico, dos inclinaciones cuya confusión constituye la unidad del individuo apto para reproducirse, y cuya separación prolongada, no obstante la perfección orgánica del individuo, desafía su propia función vital.* El término de perversión no designa entonces más que la limitación de la sensación voluptuosa a un estadio previo al acto de procreación, mientras que los términos sadianos de pasiones simples combinándose con pasiones complejas designan las diversas artimañas mediante las que la sensación voluptuosa inicial, con su capacidad interpretativa, viene a escoger entre diversas funciones orgánicas nuevos objetos de sensación para substituir a la única *función procreadora y de este modo mantener indefinidamente en suspenso a esta última.* Estas substituciones, estas artimañas, ¿qué es lo que son, si no otras tantas *muestras extraídas del instinto de propagación?*; la fuerza pulsional *extraída* forma entonces la *ma-*

*teria de un fantasma que la sensación interpreta; y el fantasma tiene aquí el papel del objeto fabricado. El uso del fantasma por una fuerza pulsional pone su precio a la sensación que se confunde con ese uso; y el uso del fantasma que procura la sensación pretende, en la perversión, ser precisamente intercambiable. Aquí interviene la valorización primera de la sensación experimentada: una pulsión que llamamos pervertida por el hecho mismo de que se niega a la realización gregaria de la unidad individual, a la función procreadora del individuo, se ofrece en su intensidad como aquello que es incambiable, y por tanto sin precio. Y aunque la unidad de un individuo llegue bajo su apariencia corporal a realizarse fisiológicamente, está en cierto modo intercambiada por el fantasma bajo cuya coacción se mantiene en exclusiva.*

No existe una economía propiamente dicha de la voluptuosidad que saque provecho de los medios industriales –según pretenden los moralistas que la denuncian como tal a los guardianes de las instituciones–. Al contrario, lo inverso es verdad: la industria saca provecho también de aquello a lo que llamamos desafortunadamente el erotismo como norma económica variable. Pero en las esferas delimitadas por la producción editorial, publicitaria

y cinematográfica, por tanto, de la sugestión, la voluptuosidad permanece al margen de una explotación confesada tal y como la industria sería capaz de asumir, si los medios de producción estuviesen en manos de aquellos a los que conciernen directamente estos “productos”. No es la propaganda ni la publicidad (de la alta costura o de los productos cosméticos) lo que la expresan. Semejante economía sigue todavía latente y tal vez no conseguirá liberarse mientras el régimen industrial no sepa prever las condiciones del goce más que a escala doméstica, en una legislación fundada en la célula familiar. Y sin embargo, por todos los medios que la constituyen, la industria significa una ruptura llevada a cabo ya con el espíritu de esta legislación, una subversión, que tuvo lugar hace tiempo, de los hábitos que las instituciones fingen todavía preservar.

La industria plantea como principio mismo de todas sus iniciativas que cualquier fenómeno humano, lo mismo que cualquier fenómeno natural, es susceptible de ser tratado como *material exploitable*, y por tanto *sometible* a las variaciones del *valor*, pero además a todos los *azares de la experiencia*. Esto es lo que sucede con el carácter a la vez espiritual y animal de la sensación voluptuosa considerada a partir de *su fuerza de sugestión*.

En el mundo de la industria artesanal, la representación de la sensación voluptuosa se comunicaba –lo mismo que el conocimiento– mediante los instrumentos de sugestión como el cuadro, el libro, el espectáculo, y sólo gracias al rodeo del trabajo realizado con ayuda de estos instrumentos era como *la sensación* sugerida conseguía circular *en su calidad de objeto raro*. Aquí también el valor –de acuerdo con la jerarquía de las necesidades de la economía clásica– procede del carácter único del *prestigio obtenido por el instrumento de sugestión*, y no de la sensación experimentada; porque el *simulacro* pertenece todavía al mundo de las “ideas”, y por tanto de la cultura, la *sugestión en sí* cuesta entonces más cara que la sensación que se puede experimentar en contacto con el objeto sugerido.

A partir del régimen industrial que, en función de un consumo masivo, llega a estandarizar los *instrumentos mecanizados de la sugestión* tanto como los del conocimiento en general, la comunicación pierde su precio cambiando de naturaleza y de intención –y la sugestión procurada por la vía de los estereotipos– y se vuelve cada vez más gratuita en sus efectos –a medida que el prototipo mismo se mantiene fuera de precio–. El cambio es total: la sensación *experimentable* vale más que su imagen

sugerida. Sin embargo, la tensión que resulta de ello crea un terreno de explotación masiva al mismo tiempo que la estereotipia de la sugestión permite a la industria *interceptar la génesis de los fantasmas individuales para desviarlos de sus propios fines*, rechazarlos y dispersarlos en el interés mismo de las instituciones.

Nos arriesgamos a establecer entre la “economía” de los afectos y la economía de las necesidades, definida por el intercambio, una relación puramente analógica. Ésta no lleva a ningún lado a no ser que se parta del punto de vista de los *objetos* y las *necesidades* para descubrir la lucha de los afectos contra *su formulación inadecuada*, reconvertida *materialmente en el estado de una demanda de bienes* que sólo le corresponde de una manera enojosa.

Hay que considerar en principio, en esta reconversión, la función *del número* del que dependen el precio y el medio de adquisición de esos bienes inadecuados en sí mismos.

A continuación, el *uso de esos bienes*, que a su vez *actúa sobre el afecto*.

En tercer lugar, la *diferenciación* más o menos consciente entre la *posesión*, el *uso*, el valor o el no-valor de esos *bienes*, *según representen o no estados*

*afectivos* y provoquen otros nuevos, por lo que la primera reivindicación de los afectos se encuentra superada provisionalmente, o bien acentuada por una *discordancia fundamental*.

Una especie de intimidación y de chantaje se inscribe desde el principio entre la necesidad de subsistir y la manera de gozar, a partir de una subsistencia garantizada.

Esta intimidación de diversos grados contribuye a formular la reivindicación afectiva de las necesidades individuales: tal grupo de individuos se somete a normas de intercambio, aceptando así definirse moral y socialmente de acuerdo con una categoría de necesidades que descubre la manera en que ese grupo, en virtud de su modo de subsistencia, aspira a una forma de goce de los bienes correspondientes.

De buenas a primeras, a ojos de la economía, el llamado goce erótico no podrá compararse al goce de un bien cualquiera: sólo en la medida en que se refiera a un objeto, por ejemplo el objeto vivo (y por lo tanto el cuerpo), el goce de ese objeto en cuanto susceptible de ser poseído es o puede ser considerado como el goce de un bien: un objeto de uso; eso que las palabras de Sade expresan de una manera a la vez muy simple y muy equívoca: *el derecho de propiedad sobre el goce*.